

DOMINGO X DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Génesis 3, 9-15): *Pongo hostilidad entre tú y la mujer.*

Salmo (129, 1b-8): *«Del Señor viene la misericordia, la redención copiosa».*

2ª lectura (2ª Corintios 4, 13 – 5, 1): *Creí, por eso hablé.*

Evangelio (Marcos 3, 20-35): *¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?*

La primera lectura del libro del Génesis nos puede despistar si nos ponemos a discutir por qué tiene que ser la mujer quien da a comer al varón, o qué representa la serpiente. El pecado real que denuncia es la tentación que vuelve una y otra vez sobre el ser humano: “*¡no necesitamos a Dios!*”. Si el objetivo de cada persona es alcanzar la felicidad, ¿no podemos ser plenamente humanos, razonablemente felices, sin Dios? ¿No es hora ya de quitarnos esa pesada carga del pasado?

En la lucha abierta entre Dios y Satanás la Biblia nos dice que la victoria sólo está a favor del Omnipotente. Satanás es la mera oposición a Dios y como tal existe, pero sin ninguna opción a la victoria definitiva. Su condición de rival se agota en serlo, pero nunca podrá suplantar la soberanía de Dios. El imperio del mal, consecuencia del engaño que Satanás inició desde el comienzo con la historia de Adán, ha recibido un golpe definitivo en la implantación del Reino de Dios en el mundo. Jesús ha vencido definitivamente al Maligno en su propio terreno, en las sombras de la muerte.

Lo que ocurre es que Satanás es muy mal perdedor y no quiere reconocer su derrota; continúa su línea de engaño y de mentira y pretende convencer de que todavía no está dicha la última palabra. Y a fe que encuentra aliados en la misma libertad del hombre. Allí donde el hombre viene respetado por el mismo Dios que lo creó; en la propia capacidad de decisión del hombre, otorgada y protegida por su Creador, intenta el Diablo confundir, enredar la razón humana oscureciendo las razones de Dios, las únicas que pueden subsistir al enredo y al engaño de quien no tiene más razón que la inconsciente apariencia.

Pero ni siquiera Satanás puede asegurarse una victoria plena en el hombre, que sabe en lo profundo de su ser que Dios está a su favor y le queda el resquicio de confesar su culpa y avergonzarse en su presencia. Así está explícito en el relato del paraíso cuando Dios pregunta a Adán: «*¿Dónde estás?*». La vergüenza de Adán le ha llevado a esconderse pues todavía no ha descubierto que su desnudez no es la inocencia original con la que Dios lo creó, sino la privación de la dignidad en forma de rebeldía descubierta. Cuando es sorprendido por la voz de Dios acaba reconociendo que ha sido víctima del engaño.

Satanás es el padre de la mentira y no puede subsistir frente a la verdad. Y la verdad es que, aunque nuestra condición física se vaya deshaciendo, nuestro interior se renueva día a día. La verdad es que el triunfo y la victoria de Jesús sobre Satanás está ya garantizada, pues ha sido cumplida en Cristo Resucitado; lo que ocurre es que el hombre de hoy, como el de ayer, ha de aceptar la victoria de Cristo asumiendo la lucha a muerte con Satanás, que sigue sin aceptar su derrota y trata de engañar de nuevo al hombre ofreciéndole una alianza sin garantía.

La sociedad navega en esta doble dirección. Por una parte, quiere vivir sin Dios; queremos “*construirmos*” a nosotros mismos, dominándolo todo. La tentación del Génesis se repite hoy. Por otra parte, quiere reducir a Jesús al iniciador de un movimiento social de carácter religioso; a un prototipo sublime de lo que puede llegar a ser una persona, pero desvinculándolo de su carácter de Hijo de Dios, de revelador del amor de Dios. En ambos casos la fe es prescindible. ¿Podemos y debemos vivir sin religión, porque es algo caduco, del pasado, que no necesitamos! ¿Es eso así? ¿Acaso la vida que se nos impone no hace que una y otra vez escuchemos el “*rumor amoroso de Dios*”?

San Pablo, en un contexto cultural distinto al nuestro, pero cercano en la experiencia profunda, nos exhorta a la fe y a la esperanza. La fe y la esperanza no son un “*adorno superfluo*”, sino que son “*fondo constitutivo*” de cada uno de nosotros. La fe nos abre al misterio de Dios y nos comunica con nuestra más profunda condición: somos hijos de Dios, creados y amados por Dios. La esperanza nos abre al futuro, enraizado en el presente. Este cuerpo mortal es una tienda de campaña pasajera, pero nosotros, cada uno, personalmente, estamos llamados a vivir en Dios y con Dios, gracias a la resurrección de Jesucristo. Ante la tentación que nos presentan hoy unos y otros, los nuevos Belcebús, Pablo nos invita a creer y esperar, por la resurrección de Jesucristo.

Los escribas que vienen de Jerusalén le acusan de actuar en nombre de Belcebú; como si fuera un “*colaborador*” que embauca a la gente ingenua. Esta segunda tentación es seductora: reducimos a Jesús a una buena persona que conectaba con la gente más sencilla, pero no venía de Dios. La acusación de los escribas va contra Jesús y su misión. Marcos dice, con claridad meridiana que quien lucha contra la misión de Jesús está luchando contra Dios y su Espíritu Santo.

El cristiano no puede confundir el espíritu inmundo, que trata de denigrar el programa de vida ofrecido por Jesús, con el Espíritu Santo, que alienta y mueve el corazón del hombre iluminándole para discernir la verdad de la mentira, esta confusión es obra de Satanás y ya recibió su condena en uno de los textos más duros del evangelio de Marcos: «*El que blasfeme contra el Espíritu Santo, no tendrá perdón jamás*».